



¡La conquista del polo!
 ¡Qué maravilla!
 ¡Eso es como la toma
 de la Bastilla!
 Así exclama más de uno
 con entusiasmo,
 mientras otros arriesgan
 este sarcasmo:
 ¡La conquista del polo!
 ¡Qué disparate!
 ¡Esas son paparruchas
 de algún orate!
 Y, como están en alza
 los exitistas
 que sólo sueñan triunfos
 autonomistas,
 y sólo se preocupan
 por el "puchero"
 sin apartar los ojos
 del candelero;
 resulta que las gentes
 obsesionadas
 piensan que las de Peary
 son payasadas,
 y que ni Cook al polo
 se ha aproximado
 tanto como las crónicas
 han propalado,
 ni habrá quien lo consiga,
 listo ni bobo,
 hasta que al fin se pueda
 llegar en globo.
 Se presta á comentarios
 muy singulares,
 que los exploradores
 surjan á pares;
 pero lo mismo ocurre
 con otras cosas,



que tienen apariencias
 maravillosas,
 y desengañan luego
 tan fácilmente
 como la "luz difusa"
 del intendente,
 ó como las promesas
 reaccionarias,
 que huelen á gobiernos
 de Baratarias.

Los dos exploradores,
 hacen lo mismo
 que ciertos candidatos
 cuyo lirismo
 los lleva á disputarse
 ardientemente
 el hueso en que imaginan
 meter el diente;
 y al cabo les ocurre
 ¡delirio insano!
 igual cosa que al perro
 del hortelano.
 Lo peor es que en el polo
 no hayan podido
 darse un autobanquete
 "muy merecido";
 ya que la mayoría
 de las personas
 supone indispensables
 las comilonas,
 para fraguar renombres
 á la minuta,
 y echar, de la manera
 más absoluta,
 aún al más imbécil
 de los mortales,
 los óleos de adjetivos
 piramidales.

JULIO S. CANATA.